

dad de la edad de oro, y muchas veces me preguntaba yo si es el amor joven el único legítimo, y si este pudor tan rebuscado como desconocido de las costumbres rústicas, no era probablemente un resultado de la corrupción social; en fin, si á fuerza de querer realzar á mi futura por consideración propia, no arrancaba, tal vez, á su corazón; cuanto había en él de poderoso y espontáneo.

## XXVII

**Q**UARTA mañana vino á encontrarme Tonino, bastante más turbado que conmovido.

—Corro á confesarme, dijo él; es indispensable que se me deje casar inmediatamente con Vanina. No podemos esperar más. Que mi prima no guste ó no quiera fiestas en su casa, antes de que terminen los lutos que se ha impuesto, está muy puesto en razón, y yo lo respeto; pero podemos casarnos perfectamente sin violines mi pastorcilla y yo. Si son indispensables un festín y un baile campestre, podemos trasladarlos al día de vuestra boda.

—Vamos á ver, muchacho, respondióle, ¿es que habeis faltado á vuestra palabra?

—No; pero presiento fundadamente que no podré sostenerla por más tiempo. He dado algunos besos á mi futura, cada día un poco más prolongados que los de la víspera, y, ¡qué quereis! ella, que tampoco es de piedra, me los ha devuelto. Es pues indispensable, de necesidad, romper aquel juramento ó afianzarlo inmediatamente con el juramento conyugal.

—Hablaré de ello con vuestra prima.

—Sí, ¡pero tened en cuenta que!... No se la debe consultar, sino decirle que vos lo quereis.



—¡No, yo no puedo hablarla en semejante tono, mi querido niño!...

—Os equivocais, porque jamás obtendreis nada de ella, sino hablándole con autoridad. Ya debierais saber que jamás se rinde á razones, y que sólo sucumbe á los mandatos.

—Permitidme creer que la juzgo y conozco mejor.

—No lo dudo, pero eso será hablando en general. Pero para este hecho concreto que me interesa y concierne, no me espon-

gais, os lo suplico, á ser perjuro á vuestros ojos ni á desobedecer á mi prima; puesto que ella no mira con gran interés mi amor por Vanina.

—¿Por qué lo suponéis así?

—Porque tiene celos de mí.

Yo creia haber entendido mal; pero Tonino seguia repitiendo impasible lo que acababa de decir.

—Sí, sí, está celosa de mí, M. Sylvestre; ¿esto os admira?

—¡Sí, en verdad! respondí yo esforzándome en ocultar mi turbacion.

—Pues yo soy el sorprendido de vuestra sorpresa, repuso Tonino sin desconcertarse. Ved por lo tanto como no la conocéis. Mi prima es celosa de nacimiento; y si yo he estado celoso de su amistad, ella obra torpemente echándomelo en cara: que es ella quien me dió antes el ejemplo. Cuando yo era niño, no podia sufrir que nadie me hiciera caricias más que ella, y muchas veces me habia dicho: "Nadie me ama, tú debes pues amarme por todo el mundo; y si prefirieras á cualquier otra persona, seria matarme." Ella se ha olvidado de esto porque no ha continuado amándome á medida que iba yo creciendo, pero sin desterrar la costumbre de querer reinar sola en mi voluntad. Es déspota como todas las personas recelosas. Cuando da ella una orden, si me detengo un poco para prestar algun pequeño servicio á Vanina, si no se deja llevar de la cólera, porque vos se lo habeis corregido, se enfurruña y habla con frialdad tres ó cuatro dias. Celosa de su autoridad, celosa de la libertad y de la dicha ajena; ahí teneis lo que es ella desde hace quince años; esta es la consecuencia de su falta.

—¡De su falta! exclamé yo; ¿cómo os atreveis á pronunciar vos, Tonino, esta palabra? ¿es decir, que sabeis que vuestra madre adoptiva cometió una falta?

—¡Cómo no he de saberlo, si mecia yo mismo á su hijo!

Decíanme entonces que era viuda, y era bien inútil, porque yo no habia de pensar en discutirlo; pero más tarde, cuando estuve aquí, llegué á saber, como todo el mundo, que jamás habia tenido esposo.

—No debierais haberlo sabido nunca jamás, ni querido saberlo ni creerlo, y hoy mismo deberiais hacer como si no lo supierais.

—¡Ah! permitidme que os diga, M. Sylvestre, que exagerais todas estas cosas; juzgais de ellas como hombre de gran mundo, á no dudarlo. Nosotros los campesinos no encontramos la cosa tan grave; decimos solamente: “¡Es una desgracia!”, pero nos parece de fácil perdonar; que no hacemos nunca un deber de ignorarlo ni un mérito de callárnoslo.

Y como me viese á mí parado, triste y afligido interiormente, repuso:

—M. Sylvestre, tengo, á la verdad, gran sentimiento por haberos disgustado; pero, ¿es culpa mia? No soy más que un simple pastor de vacas, y no puedo por lo tanto sentir ni pensar como vos, que sois aristócrata y filósofo. Advertid que no estais en el mundo que os hace falta. Nunca os acostumbrais á la rudeza de nuestro modo de pensar ni de nuestro lenguaje, y Felicia misma, queriendo elevar su espíritu y sus maneras para llegar á vos, os mortificará, de seguro, á cada paso; porque si es verdad que es ella nieta del conde del Monte, no es menos hija del tío Morgeron, que sacudia á su esposa y se emborrachaba con aguardiente cuando estaba de mal humor. Y ya que tuvo ella la desgracia de que hablamos y de la cual no queréis que se hable, lo cual agrió su corazón.... Vos la curareis, no diré lo contrario, pero no será ello sin dolor, y encontrareis en consecuencia más de un grano de arena en vuestro pan cotidiano. Vos entendeis de ciencias, teneis mucho valor y grande alma, y os servís de todo ello, lo cual es cosa vuestra, pero os será preciso pasar muchas veces sobre los

carriles y pedregales de gentes poco educadas como nosotros. Perdonadme el haber despertado en vos un recuerdo que os desagrada, por deciros que mi prima quiere poco á Vanina. Vanina no ha sufrido aún el menor tropiezo, ni quiero que lo sufra por culpa mia. Haced, pues, que mi prima nos deje casar sin obstáculos: esto es todo lo que tenia que deciros. No lo tomeis á mal, pues antes preferiria morir que ofenderos.

Así era como con su penetrante ingenuidad y su pretendido sentido comun, harto agudo por cierto, me estuvo Tonino atormentando. Preguntábame yo si era su alma profundamente pérfida, si no encaminaba hábilmente todas sus explicaciones, fortuitas en apariencia, para castigarme por haber inspirado un amor al cual aspiraba él, que lo habia tal vez obtenido antes que yo, y que yo le habia arrebatado...

Delante de esta terrible suposicion, sublevábase la lealtad de mi alma, exclamando: “¡No: es imposible!”, ¿Qué otro enigma me presentaba entonces la actitud de Felicia? ¿Era para castigar mis suposiciones que destrozaba con tal perseverancia el pacto de familia en el cual tenia marcado Tonino su puesto légal por no decir indiscutible? Parecia que queria ella aparecer culpable para con él, conmigo y en sí misma, para enseñarme que no habia necesidad de jugar con su orgullo poniéndola en el caso de justificarse.

Y, como si debiera todo marchitarse y envenenarse en nosotros y en torno nuestro, hé aquí que Tonino, objeto de sus afectados desdenes, se lamentaba conmigo:—envaneciéndose tal vez—de darle celos!

Hubo dias en que creí ver claro todo el fondo de semejante intriga: Tonino fingia amar á Vanina para irritar á Feli-

cia, y atraerla á sus brazos lascivos é incestuosos; Vanina misma se prestaba á tan infame juego para complacer á su amante y constreñir luego á Felicia á pagar su silencio ante mis ojos. Felicia, víctima de no sé qué vértigo fatal, tan pronto estaba próxima á caer en la fatal cédada, como se alejaba de ella con terror ó la apartaba de sí valerosamente; Felicia no amaba á Tonino ni á mí. Era toda ella orgullo atropellado, despecho contra el destino, deseo de venganza y rehabilitación. Le hubiera gustado mucho ser mi esposa por pura vanidad; ó hubiera gustado más aun tener á Tonino por esclavo, para satisfacción de los sentidos.

## XXVIII

**B**REGABA yo contra esta pesadilla, y me convencía allá en mis sueños; pero, si al salir el sol oía los graves y purísimos sonidos del violin de Cremona, vibrando bajo la elevada inspiración de Felicia, ó si veía pasar á la jóven pastora cruzando los campos con sus ojos azules como el cielo, y su elevado y agradable gesto invitando á los perros á recoger el rebaño; ó bien si Tonino, levantado antes que yo y buscado por mí con afañ, se dejaba sorprender de rodillas sobre el lecho de paja fresca, mientras Vanina enmarañaba, riendo, con sus manos, los espesos bucles de la negra cabellera del jóven, echábame en cara mi locura; creyendo sentir un álito puro, nacido en las purísimas regiones de la Arcadia, cruzando sobre mi ardorosa frente, y como ciertas voces ténues de la brisa, vibrando en mis oídos como para reirse de mis ideas lúgubres y mi cerebro enfermo.

Mi sufrimiento ayudando á mis sufrimientos, empeoraba mis males agitándolos bajo la impresion de mi dolor. Cuando yo invité á Felicia á apresurar el casamiento de Tonino, temblaba mi voz, á no dudarle, y á no ser dichas mis palabras en tono autoritario, tal vez mis miradas hubieran hecho traicion

al deseo que me embargaba, de no encontrar la menor resistencia. Parecíame que Felicia, trémula de cólera ó de miedo, me respondía *sí* con cierta secreta repugnancia. Preguntéle inmutado porqué tartamudeaba.

—No, no tartamudeo, dijo ella; ¿en qué estais pensando al decirme esto?

No pude responder.

—Estais preocupado, repuso. Yo mentí, pretestando otro origen, el primero que se me ocurrió, á mis preocupaciones.

Fijó ella para el último día del mes el matrimonio de Tonino. Estábamos á mediados de Abril, esto es, en plena primavera. La florescencia prematura de los árboles frutales estaba exuberante.

Todo en el campo cantaba y deslumbraba. Vanina, embriagada con las miradas y sonrisas de su jóven amante, estaba como sotocada por la dicha. El, sin perder la costumbre de su aparente sangre fría, plácido y risueño, sentía en su pecho extrañas palpitations, como de oprimir impaciencias contenidas ó de alientos misteriosos de alegría. Yo no podía dejar de encontrarles hermosos en medio de la sinceridad de su mútuo deseo.

Felicia estaba tranquila, resuelta é impenetrable. Ocupábase del ajuar de los novios con su natural generosidad y prevision maternal. Vanina, ruborizada de verla coser, marcar y repasar todo el día para ella, iba ayudándola; pero, á su pesar, estaba siempre casi atraillada á su futuro, y trabajando con ardor é inteligencia. Cuidaba apenas de su tocado particular, tanto, que Felicia se veía obligada frecuentemente á corregir sus descuidos. Hacíalo con gran paciencia, hablando poco,

sonriendo apenas, afanosa, absorbida, pensando en algo que no expresaba y que parecia imposible de explicar.

Por fin llegó el gran día. La novia, radiante de hermosura y atavío, vino, acompañada de Tonino, á pedir de rodillas la bendicion de su señora y la mia.

—A tí, le dijo Felicia abrazándola, te bendigo de todo corazón. No tengo nada que reprocharte; eres una criatura sin malicia y sin voluntad; pero me veo precisada á hacer un esfuerzo para bendecir á tu marido. El hubiera debido esperar la terminacion del luto de esta casa en la cual mi hermano le habia recibido y tratado como hijo. Las razones que ha dado para escusarse de llorarle un año completo, son razones de poca monta si no egoistas. Yo he cedido únicamente por tí, compadecida de tu debilidad é inexperiencia. No esperaba de tí grandes virtudes ni tenia el derecho de pedírtelas, no habiéndote educado con todos los cuidados con que tal vez hubiera debido hacerlo; pero él... En fin, ni una palabra más. Amaos y sed felices.

Encontré el discurso de Felicia gratuitamente amargo y no muy del caso para los oídos de una jóven que ella debia suponer pura. No sé si Vanina lo comprendió; pero, es lo cierto que se ruborizó mucho y lloró. Tonino la tomó de la mano apretándosela con viveza, y sin contestar la menor palabra á Felicia, y cuando ésta hubo abrazado á entrambos, llevóse él á la novia hablándole al oído como si la consolara de las severidades de la patrona, diciéndole: "Ya sabes que es muy celosa, pero, tranquilízate que yo te guardaré de ella."

Si no fué esto lo que le dijo, esto pasó á lo menos por mi imaginacion. Yo miraba á Felicia. Esta estaba pálida y sus ojos irritados seguian á la jóven pareja sin ver nada más.

Yo no me habia equivocado, por lo tanto, como tampoco se habia equivocado Tonino: Felicia estaba celosa; tan celosa, ¡que no soñaba siquiera en ocultármelo! Pero ¿á qué género pertenecian sus celos?

Yo queria saberlo; mi lengua, encadenada hasta entonces por la delicadeza, rompió sus ligaduras. Fuí severo, severísimo, casi terrible. Afeéla y condené duramente lo que acababa de pasar, interrogándola con aspereza. Felicia temblaba, balbuceaba, desfallecia y se desvanecia abrumada bajo el peso de mi crueldad; estuve despiadado. De pronto tomó ella su resolucion, como la tomaba siempre cuando se la obligaba.

—Pues bien, sí, dijo: estoy celosa de esta juventud, de esta inocencia, de esta virginidad que viene á ser para mí un vivo reproche. No, no es de Tonino, es de vos de quien estoy celosa, cuando miro á Vanina. ¡La contemplo demasiado dichosa, puesto que se ve amada con ardor por este jóven y admirada por vos con cierta veneracion, como si fuese digna de vuestro afecto! ¿Qué ha hecho ella para pareceros venerable? Sin mí, sin mis amenazas, Tonino se hubiera embriagado largo tiempo con esta pureza de azar, y es á mí á quien debe únicamente el haber podido adornar con los botones del azahar su enamorado pecho! ¿Cómo quereis que no esté yo irritada por el ademan triunfante con el cual Tonino la conduce al altar? ¡Era indispensable abatir un poco su orgullo! ¡Y vos me afeais por haberlo intentado! ¡Esto es decirme que yo no tengo el derecho de hablar de moral á los demás; esto es humillarme cruelmente! Y á más de esto me preguntais si yo me apeno de que Tonino sea dichoso, como si fuere yo una mala madre, ó como si... No, no quiero ir á parar hasta el fondo de vuestros pensamientos. Paréceme que he de encontrar eternamente

suspendido sobre mi pobre frente este menosprecio que me ha de matar.

Despues lloró Felicia amargamente; y yo tuve que calmarla, confortarla y prestarle consuelos. Tonino me llamaba con impaciencia. Nos estaba esperando para marchar. Entró por fin, encontrando á Felicia bañada en llanto. Sus ojos expresivos se dirigieron á mí, diciéndome claramente: “Ya yo sabia que no podriais ser felices el uno con el otro.”

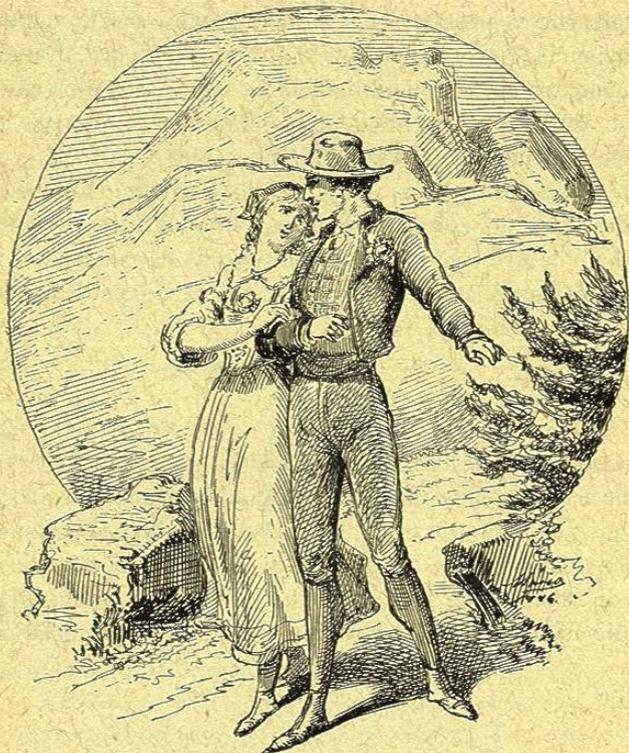
Llevábame á Felicia, avergonzado é irritado de su semblante dolorido, surcado aun por las lágrimas. Vanina la miraba con aire tímido, con cierta mezcla de compasion, respeto y altivez, como si estuviera tentada de pedirle perdon por haberla llevado á tal extremo.

Cuando el sacerdote hubo bendecido su union, los novios, que no habian tenido más acompañamiento que nosotros, los testigos y la gente de casa, nos dieron las gracias, pidiendo al mismo tiempo que se les permitiera ir á pasar tres dias en casa de la madre de Vanina que vivia en la montaña. Felicia accedió friamente á esta peticion, diciéndoles apenas adios.

Partieron solos, cogidos del brazo, pero tan estrechamente unidos, que parecian no formar sino un solo cuerpo. Tonino volvió la cabeza para enviarme un beso, y mostrándome los fecundizantes rayos del sol de Mayo, parecia como tomarle por testigo de su derecho á la embriaguez primaveral de la naturaleza.

Intenté distraer á Felicia de su tristeza.

—Estos chicos son unos ingratos, me dijo; os aseguro que no creía verles abandonar hoy mismo esta casa.



—No creo que sea abandonar la casa el ausentarse sólo por tres días.

—Se van para no volver, podeis estar seguro. Es indudable que á espaldas nuestras hayan proyectado la manera de esta-

blecerse de un modo ú otro. La madre de Vanina es una mujer de mala vida, y no es, de seguro, en su casa donde Tonino, á no ser que haya perdido la cabeza, vaya á pasar la luna de miel.

—¿Ellos han tomado, no obstante, el camino de su casa?

—Irán á verla indudablemente para consolarla de la humillacion de que yo he sido causa prohibiéndole asistir á la boda.

—Es este el deber de Vanina. Sea lo que fuere su madre...

—¡Ah! ¡cómo sois indulgente para quien ha pecado más que yo!

—No, no es que sea indulgente para con ella; pero sí debiérais haberlo sido vos un poco más para estos jóvenes. Ellos tienen necesidad de ser dichosos sin acordarse del pasado, sin luchar contra vos que les calificais de egoistas. Van únicamente á poner al abrigo de un chalet cualquiera su embriaguez natural para olvidarlo todo.

—¿Incluso la muerte del pobre Juan?

—Pues bien, sí; están en su derecho, sea como fuere, si no en su deber. Tal vez Dios ha hecho del amor una ley tan inmensa y tan poderosa, que es preciso saber acatarla sin pensar en el pasado ni en el porvenir. ¿Los pájaros, al dejar el nido, piensan por ventura en si mañana se lo llevarán los vientos? Respetemos, pues, el capricho de estos chiquillos, y, ya que parecen desear el aislamiento, pensemos en prepararles para este verano un albergue adecuado en la montaña. ¿No era esta la intencion de Tonino y la vuestra? ¿No habeis aún resuelto nada sobre el particular?

—Nada, respondió Felicia.

—¿Por qué?

—Esperaba vuestro parecer. Si hubiera decidido algo sin tener vuestro beneplácito, hubierais podido interpretarlo mal.

Procuraba yo disipar sus amarguras, distrayéndola con proyectos. El raciocinio que durante semanas y meses de estar frente á frente la habia convencido al parecer, perdía todo su ascendiente hácia ella desde que habia yo involuntariamente herido su corazon y su amor propio. Felicia parecia moralmente anegada. Nada la despertaba sino llevándole prisa con los deberes, las dificultades y entretenimientos de la vida material. Ella poseia aquella aficion sin límites, que era la parte principal de su carácter enérgico.

Desde que le hube dicho que era preciso asegurar la libertad, la dignidad y el bien parecer de la jóven pareja.

—Indudablemente, repuso; he pensado en ello, pero esperaba vuestra cooperacion. Por lo demás, todo está preparado. La gran lechería de Vervalt, que he señalado en dote á Tonino, y cuyo plazo de arriendo no ha terminado, estoy segura de que por una ligera indemnizacion el arrendatario la cederá desde luego. Es necesario hacer algunas reparaciones; tengo ya preparada la madera necesaria en el porche, y la piedra arrancada en la cantera. No he querido decirles nada á ellos aún. Hubiérales querido un poco más modestos, y que en lugar de aceptar mis dones como quien cobra una deuda, Tonino me hubiese pedido alguna cosa ó manifestado algun deseo. No ha creído del caso hacerlo así. Al contrario, parecia más bien querer decirme con su ademan que, desde el momento en que era dueño de una jóven hermosa, y enamorada de él, no tenia necesidad de otra cosa en la tierra, y que por lo tanto, nada podia yo añadir á su felicidad. El ha evitado siempre hablarme de sus proyectos. ¿Pensará en vender la lechería para instalarse más léjos de nosotros? ¿Y si yo hago gastos para que pueda él estar mejor, no me dirá, de seguro, que sean inútiles?

—Vamos á ver, le respondí yo, ¿qué gastos deberian hacerse en todo caso para conservar dicha propiedad, consultándolo desde luego á Tonino?

—¡Cómo se ve que no estais al corriente de eso! exclamó Felicia dirigiéndose conmigo hácia la lechería, que estaba á una hora de distancia en la cuesta de la montaña. ¿No habeis ido nunca á pasear por allí?

—Raras veces, no he tenido tiempo; las obras de abajo me lo han absorbido todo. Por otra parte, pertenece esto á la vida pastoril, de la que Juan no se preocupaba poco ni mucho, y hacia bien. Bastabais vos para semejante trabajo, del cual estais maravillosamente enterada.